

PUNTO de partida posible para un primer análisis de la situación argentina actual es el que surge de las analogías y diferencias entre el proceso político de Buenos Aires y el de Santiago de Chile. Porque las primeras se caracterizan, en ambos países de América Latina, por la urgente necesidad que obsede a los grupos tradicionales por defender sus posiciones. Ya se trate de los sectores vinculados —en calidad de socios menores— a las empresas multinacionales o los latifundistas que ni siquiera están en condiciones de practicar cierto grado de gatopardismo. De ahí su violencia.

Así es como si en Chile la ITT fue la virtual financiadora del asesinato de Salvador Allende en septiembre de 1973, la figura del actual ministro de Hacienda, José Martínez de Hoz (cuyo apellido de gran latifundista pretende ser la máscara del gentleman que en estos mismos días implora créditos en Italia, Alemania y España), define el asalto de los militares argentinos en marzo del 76.

En cuanto a las diferencias, si en Chile los militares, convertidos en brazo armado del terror de un *statu quo* arcaico y en repliegue, justifican su acción denigrando a un auténtico proceso socialista, en la Argentina los pretextos del Ejército se apoyan en la disolución de un movimiento populista cada vez más inoperante. El Frente Popular chileno venía de lo heterogéneo, pero se iba redefiniendo sobre un eje marxista; el peronismo argentino, en cambio, sobrevivía de su etapa de apogeo en 1946-52, hasta petrificarse en un segundo acto repetitivo de rituales cuyos rasgos resultaban cada vez más paródicos.

A Salvador Allende lo asesinan en La Moneda por marxista; a Isabel Perón la encarcelan en Nahuel Huapi por firmar cheques oficiales que favorecen su cuenta personal. Y todo es correlativo. Porque si a Corvalán, secretario general del partido comunista chileno, los militares de Pinochet lo acusan por rojo, a los dirigentes sindicales de la CGT argentina —médicos manipuladores de antesala— sólo se los encarcela por amarillos.

DOS EJERCITOS

Mirando de más cerca: el Ejército de Chile gozaba de un prestigio profesionalista. Infinidad de veces se escuchó y fue escrito en numerosos textos que por tradición ese cuerpo se tenía por el principal defensor del legalismo y de las autoridades constitucionales. Ingenuidad política. Porque además de ser un mito (que olvidaba su acción represiva en las huelgas de Iquique a principios de siglo o las veleidades dictatoriales del general Ibáñez del Campo hacia 1930), justificaba una política de apaciguamiento y de inmovilismo por parte de las izquierdas. Incluso el propio Allende



El gobierno de Isabel Perón fue la reducción al absurdo de la etapa anterior.

ARGENTINA, EJERCITO, ISABELISMO Y TERROR

"apostaba a su muñeca política" para conservar a los generales de su lado, o, por lo menos, mantenerlos quietos en los cuarteles. Lo que

to de "toma de poder" tergiversado por lo que no era más que "toma de gobierno".

Más aún, la rebelión contra

David Viñas

hubiera tenido que ser una política sistemática se ablandaba así en negociaciones, provocando una confusión que oscurecía el concep-

Allende comenzó en los sectores militares vinculados al latifundio y al imperialismo ya en 1971. Desde el mismo momento en que la Uni-

David Viñas, escritor argentino, nacido en 1929, ha publicado, entre otros títulos, "Hombres a caballo" (Siglo XXI, Premio Casa de las Américas), "Literatura argentina y realidad política", "Momento de la novela en América Latina"... Ha colaborado en "Opinión", de Buenos Aires; "Marcha", de Montevideo, y "Excelsior", de Méjico. Hace un par de años se estrenó su obra teatral "Tupac Amaru".

dad Popular ganó las elecciones. A fin de cuentas, la sublevación del regimiento Tacna en esa coyuntura fue el síntoma aislado —y prematuro— de lo que luego iría proliferando. Así como el asesinato del general Schneider en Santiago cerraría su parábola años después con el crimen del general Prats en Buenos Aires. Era algo más que un pronóstico, entonces. Se trataba de los primeros brotes continentales de un proceso de fascistización en el que "los generales amigos" ya no implicaban la norma para los mismos militares, sino la heterodoxia y la consiguiente necesidad de eliminación por medios violentos.

Del otro lado de los Andes, en la Argentina, el Ejército no gozaba de prestigio alguno. Y mucho menos profesionalista. Desde 1962 había salido a la calle para dirimir su "guerra privada" entre azules y colorados, justificándose por su mayor o menor apertura respecto del peronismo. Para no abundar: lo echaron a Frondizi porque su desarrollo les resultaba demasiado moderno y también lo expulsaron a Illia en 1966 con el pretexto de su vejez. Pero en los tres casos, por debajo de sus argumentaciones, se trataba de precaver al *establishment*, cada vez más su patrón y su aliado, frente a las movilizaciones populares progresivamente crispadas y refinadas en sus exigencias.

Así es como se llegó al general Onganía. Y luego de 1969 al general Levingston. Y hasta 1973 al general Lanusse. Sus reemplazos sucesivos intentaban dar cuenta de una presión popular con la que no habían contado en su esquemática filosofía de organigramas. Es así como después del cordobazo —emergente de un proceso de catalización obrera en Córdoba, la zona de proletariado industrial más combativo— la supuesta autosuficiencia del Ejército se va aplacando. Abandona sus ademanes de halcón y los reemplaza por los de paloma. Y el teniente general Lanusse ofrece sus brazos al (teniente general) Perón, exiliado en Madrid prácticamente desde su caída en 1955, entendiendo que con su mítico prestigio puede aún frenar el avance popular. En verdad, se trataba de que cumpliera hasta el final el rol de último "pisapapeles" conciliador que podía evitar el revuelo de un proceso de masas cada vez más lúcido.

REGRESO Y MUERTE DE PERON

El apaciguamiento que implicaba el regreso de Perón en 1973 presuponia el reconocimiento del fracaso de la secuencia de los generales Onganía-Levingston-Lanusse y, por el revés de la trama, el agigantamiento de un mito generado en la época de las vacas gordas entre 1945 y 1952.

Porque si hubiera que intentar una definición del primer gobierno

Roger Martin du Gard
Los Thibault

*528

1. El cuaderno gris
El reformatorio

*544

2. Estío

*552

3. La consulta

La sorellina

La muerte del padre

*562

4. El verano de 1914

*575

5. El verano de 1914

(continuación)

*579

6. El verano de 1914 (fin)

Epílogo

120 ptas. ejemplar

El libro de bolsillo

**Alianza
Editorial**

ARGENTINA

de Perón, correspondería caracterizarlo como un bonapartismo encajado entre el grupo de industriales argentinos beneficiados por el cese de importaciones durante la segunda guerra mundial y un proletariado de origen provinciano, políticamente rudimentario, que se aglomeró en torno a Buenos Aires en vertiginoso fenómeno industrialización.

Pero el paternalismo que Perón pudo mantener en equilibrio duró hasta 1952. En esa fecha, lo acumulado durante la guerra se había desfilado en una política legítima en ciertos rasgos reivindicativos, pero inmediateista en su trazado general. Incluso la especulación con una tercera guerra mundial —que beneficiaría nuevamente a la Argentina de los ganados y las mieles exportables— se cierra con el fin del conflicto en Corea. Y es así como el Perón antiyanqui de 1946 debe negociar la Patagonia con la Standard Oil, su obrerismo se ve en la necesidad de apelar al compulsivo "¡Producir, producir y producir!" del Congreso de la Productividad de 1952, al mismo tiempo que se enfrenta con las primeras huelgas de obreros peronistas a las que tiene que reprimir. El facilismo demagógico exhibía sus límites. Tanto es así, que en 1955 no son tanto los mítines sublevados quienes fuerzan su renuncia, como los mismos sectores obreros más radicalizados que le exigen armas para defenderlo.

Significativamente, con su regreso en 1973, Perón apela al Pacto Social. Planteamiento que, en sus características principales, reproduce la solución desesperada del viejo Congreso de la Productividad. ¿Qué ha ocurrido? Muy simple. Que entre 1952 y 1973 la estructura tradicional de la Argentina ha permanecido intacta pese al verbalismo "revolucionario" peronista. A la vez que las contradicciones insinuadas en aquella época se han exacerbado al máximo.

Nada de extraño tiene, por consiguiente, que los sectores de la llamada izquierda peronista —tanto por sus apelaciones socializantes como por su idealizada "primavera" bajo Cámpora del 25 de mayo al 13 de julio de 1973— sean expulsados duramente por Perón de plaza Mayo hasta convertirlos en víctimas principales de la creciente represión posterior: ya sea bajo Isabel, su viuda, desde julio de 1974, como bajo los militares, sus compañeros de armas y renovados sucesores luego de marzo del 76. Al fin y al cabo, ese mismo fue el destino sufrido por el ala izquierda de movimientos impregnados de populismo como el de Hitler o Mussolini.

EL ISABELISMO COMO PARODIA Y TERROR

El gobierno de Isabel Perón fue la reducción al absurdo de la etapa anterior. Así como ella, en el orden personal, fue la parodia de Eva Perón, y López Rega, su primer ministro in partibus, el carbónico borroneado de aquella figura de secretario presidencial —finalmente asesinado— que fue Juancito Duarte en 1952. Las vacas gordas del Primer Imperio habían servido para todo menos para financiar una retórica reblandecida. De manera clásica, pues, todo se repitió. Pero con la clave en drama desplazada hacia la entonación del sainete. Claro, de un singular sainete trágico: bufonadas bajo la presencia de la muerte.

Podría decirse, también, que en julio del 74 Perón eligió su muerte. Fue su último golpe de astucia. De alguna manera había presentado que su espacio de maniobra —deci-

había dado el mayor triunfo electoral de la Historia argentina y una crisis estructural en intensificación progresiva.

Por eso el ademán "revolucionario" de Isabel resulta, como nunca, sobreactuado: a menor convicción ante las masas mayor exaltación histriónica. Se trataba de un régimen que vociferaba al máximo para seguir disimulando que se quedaba afónico. De ahí que su único discurso político sería, paso a paso, la represión. Represión que, simétricamente, se sobreactuaba hasta el terror.

Y los alaridos de Isabel y la acción policial son los componentes que van definiendo el proceso que se abre entre julio del 74 y marzo del 76. Es el vacío. Pero sórdido. Carencia que sólo se va colmando con el descontento acelerado provocado entre las masas por las grandes expectativas y las respues-



El general Videla, represor de guante blanco.

sivo en su primer gobierno— si había evidenciado sus primeros síntomas de agotamiento en 1952 (a nivel económico) y en 1955 (a nivel político), en 1974 había llegado a la clausura: ya no se podía jugar en superficie con un nominalismo político, sino que realmente resultaba imperioso modificar las estructuras más profundas del país. Pero ni él ya podía cambiarse ni estaba dispuesto a hacerlo con la Argentina. Se trataba, en último análisis, de los límites de su conciencia populista. Perón había sido "el primer trabajador" en los himnos, pero, en verdad, era el último conservador en los hechos.

Y su mujer, Isabel, heredaba —precisamente— ese vertiginoso *décalage*: con el espacio cada vez más abierto entre una retórica populista y antilimperialista que les

tas magras. El apellido Perón ya no es mágico. Su poder de convocatoria se va desacralizando. El mito del "carisma" evidencia día a día sus raíces radiotelefónicas y sus orígenes suscitados por una coyuntura económica favorable. Negatividad que, poco a poco, se va coloreando con los rasgos de una reacción popular que definitivamente desborda el paternalismo (espontáneo) y el Pacto Social (codificado). Es el fin de treinta años de peronismo.

1976, DE NUEVO LOS MILITARES

Pero ese desbordamiento sirve nuevamente de pretexto a los militares: deben salvar al país tradicional del riesgo de ruptura del código oficial. Y esforzarse por borrar el fracaso del 66 al 73. En los hechos,



El ministro de Hacienda argentino, José Martínez de Hoz, que estos días implora créditos en Italia, Alemania y España. En la foto, frente a su colega español, Eduardo Carriles.

no hacen más que retomar el papel protagonista en función de "la continuidad sustancial" que se adjudican luego del agotamiento del populismo como última alternativa de mantenimiento del *statu quo*.

Habían trastabillado hacia 1973, aparentemente habían sido vencidos por la ola encabezada por Cámpora y, también aparentemente, habían tenido que conceder (incluso a la izquierda peronista a lo largo de dos meses). Pero ya en el reemplazo del Cámpora heterodoxo por el Perón más institucional se advertían sus inquietudes y su mano permanente.

Regresaba el Ejército argentino en marzo de 1974 sin cortapisas. Pero con varios reajustes: el primero, muy significativo, conservando el aparato represivo de Isabel. Así, por ejemplo, Miguel P. Tato, el máximo censor del isabelismo, quedaba en su puesto. Y, en segundo lugar, teniendo muy en cuenta las experiencias del Ejército chileno. Está demostrado que Pinochet alertó a sus cofrades argentinos sobre los inconvenientes de incurrir en sus propios ademanes, dado que una imagen aterciopelada en el exterior debía ser prioritaria.

Por eso, al general Videla no se lo puede identificar sin más con Pinochet. En primer lugar, no es un represor estridente; cultiva los buenos modales: ni bombardeo sobre La Moneda en Buenos Aires ni campos de concentración en los campos de fútbol. Más bien lo contrario: almuerzos afables con los Premios Nobel argentinos y tocamientos inocuos con Borges y Sabato. El fascismo colonial se llevará a cabo, pero no de una manera cuantitativa y veloz, sino con un

criterio selectivo y de manera paulatina. No en un acto, sino en ciento ochenta cuadros. Patetismo no, a la sordina. Más que un fascismo latinoamericano debe parecer un fascismo desarrollado. Al fin de cuentas, en la Argentina no hay indios y su mayoritaria población blanca de clase media es alfabeta y pertinente.

VIDELA: SUBORDINACION Y VALOR

Conviene destacar, por lo tanto, que entre otras características diferenciadoras del proceso argentino, el general Videla no surge como el jefe de la revolución. No se lo exalta como tal ni se personaliza; sólo se trata del circunstancial jefe del Ejército, del oficial más antiguo. De ahí que si el golpe del 24 de marzo no aparece como propiedad personal de nadie en particular, sólo se define como una emanación de esa "sustancia fundamental de la nación" que subrayadamente se autotorga el Ejército.

Y esa elusión de lo personal es lo que va condicionando varios aspectos sucesivos: en primer lugar, la constante posibilidad de reemplazo. Situación que ya se insinúa justificándose por la "blandura" de Videla; de manera tal que sus probables reemplazantes —por la derecha— sean el actual ministro del Interior, general Harguindeguy o el heredero de una vieja dinastía de "gorilas", el general Menéndez, jefe de la zona militar de Córdoba.

En segundo lugar, ese escamoteo de lo personal en la jefatura

permite la proliferación de diversos núcleos de poder más o menos autónomos. Con su secuela, especialmente en el orden de la represión: en la Argentina de 1976 no hay patíbulo oficial, sino una colección de verdugos. Tiene el suyo el Ejército, desde ya, y otro la Aviación y un tercero la Marina, y la Gendarmería un cuarto y otro más la Policía común. Y las contradicciones actuales del proceso se comprueban por sobre todo en ese nivel. La orden de matar se cumple cotidiana y puntualmente, pero jamás se sabe de dónde proviene. El asesinato político existe, pero con ese expediente Videla no puede ser acusado de tirano. Las "Tres A" del memorable López Rega isabelino han proliferado así en un completo y siniestro abecedario: delatar, espionar, fusilar, intimidar y, especialmente, torturar. Anónima confederación de ajusticiadores que funciona de acuerdo a los criterios de cada uno: qué es ser marxista para el fulano teniente, quién deformó más la educación o el deporte para el perengano comodoro, qué familia está impregnada de ese color perverso para el zutano comisario o qué sacerdote, monja o congregación fueron más penetrados por ese virus para el merengano sargento. La justicia ni existe. Sólo hay represalias. Venganzas de retaguardia.

Porque otro rasgo correlativo es la falta de proyecto explicitado. En las calles de Buenos Aires no hay afiches ni se escuchan "slogans". Con el régimen de Videla el vacío de Isabel se ha hecho sistemático. Su único pivote es la negatividad

que se actualiza como antimarxismo, y su solitaria ideología rige como antipensamiento.

Resulta previsible, por lo tanto, que su acción minuciosa y despiadada se encarnice sobre los cuadros medios obreros y universitarios. Que, a su vez, arrinconados por esa represión y deteriorados por la recesión económica más vertiginosa a escala mundial, vayan engrosando —en lo inmediato— las filas de los Montoneros y del Ejército Revolucionario del Pueblo (los primeros en redefinición por la izquierda peronista y el segundo de lejanos antecedentes trotskistas).

BOLIVARISMO Y PRONOSTICOS

Vinculado con lo anterior, otra franja sórdidamente reprimida es la de los refugiados chilenos y uruguayos, en primer lugar, y la de los bolivianos y paraguayos exiliados en Buenos Aires. Son legión. Emergentes de la cual han sido, uno después del otro, el general Prats por su lealtad allendista, Zelmor Michelini por su liderazgo y denuncia del fascismo uruguayo y el general Torres por su clara presencia popular opuesta a los delirios de Banzeq en Bolivia.

La desgastada y ambigua Buenos Aires, la vieja "París de América Latina" se va convirtiendo así en la capital de la represión contra los movimientos populares y socialistas de todo un continente. Pero lo balcanizado se junta. Paradójicamente el antiguo Ideal bolivariano de unidad continental es realizado de manera despiadada por el fascismo latinoamericano.

Es precisamente en esa represión unificada donde habrá que leer una posible alternativa hacia el futuro: en primer lugar, porque por el revés de la moneda de la represión a nivel continental se va forjando una posible unidad socialista con esas mismas dimensiones. Ya no se trata más de Chile, Argentina o el Uruguay. El fascismo provoca un desafío planteando los verdaderos parámetros del problema. Con otras palabras, se trataría aquí de prolongar y perfeccionar el latinoamericanismo socialista que ya se vislumbró a través de la acción cubana y boliviana del comandante Ernesto Guevara.

Y, en segundo lugar, tener muy presente que si el general Onganía en 1966 se otorgaba diez años de poder, fue la movilización popular del cordobazo en el 69 la fuerza decisiva que hizo estallar sus fantasías de perpetuación. En la derrota se olvida con demasiada frecuencia que, por debajo del inmovilismo que siempre imponen los fascistas, la lucha de clases jamás se detiene en su propia dinámica. ■ D. V.